

Pedro Ugarte

# EL PAÍS DEL DINERO

algaida  
eco

La novela *El país del dinero*, de Pedro Ugarte, resultó ganadora del V Premio Logroño de Novela.

Diseño de cubierta: Masgrafica.com

© Pedro Ugarte, 2012  
© Algaida Editores, 2012, 2014  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: REGA  
ISBN: 978-84-9877-996-7  
Depósito legal: SE-657-2014  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

1. De ser esta otra ciudad, envejeceríamos distinto . . . . .	13
2. Abandonar la infancia es un adiós que dura siempre . . . . .	17
3. Haces tantas veces las mismas cosas que tus errores se vuelven invisibles . . . . .	39
4. La edad solo describe la forma de la herida	61
5. Hay alguien dentro de ti que sabe de todos nosotros . . . . .	91
6. No digas a los otros que nunca te di nada . . . . .	105
7. La muerte siempre pone las cosas en su sitio . . . . .	117
8. No es malo ser lo que uno es sino lo que uno imagina . . . . .	143
9. El trabajo es tener las alas clavadas a la tierra . . . . .	171
10. La historia y sus metáforas son siempre relativas . . . . .	191
11. Y los dedos de los pies de una mujer sobre la alfombra . . . . .	213
12. A partir de cierta edad, solo hay supervivientes . . . . .	231

13. En todos los desconocidos asoman rasgos de tu cara . . . . .	259
14. Son otros los que descifran los deseos de los ricos . . . . .	275
15. Quien hace una pregunta semejante se merece el silencio por respuesta . . . . .	295
16. Cuando un centinela está asustado es que guarda algo valioso . . . . .	327

A Pedro de Miguel  
y Javier Gómez Castresana,  
que supieron de esta novela  
y hablaron sobre ella,  
pero no podrán leerla.



*¿Por qué necesito dinero, pregunta usted?  
¿Cómo que por qué? El dinero lo es todo.*

FIODOR M. DOSTOYEVSKI

*El dinero es abstracto, repetí,  
el dinero es tiempo futuro.*

JORGE LUIS BORGES





1

DE SER ESTA OTRA CIUDAD,  
ENVEJECERÍAMOS DISTINTO



**T**AMBIÉN ERA UNA METÁFORA. COMO MUCHAS OTRAS poblaciones medievales, fundadas por un caballero díscolo y violento, la villa representaba una isla de prosperidad en medio de un mundo azaroso e inseguro. Su núcleo se encontraba al fondo del estuario de un río, en aquel extremo interior donde morían las mareas. Allí sobrevivió durante siglos un puerto precario. Hasta los muelles llegaban goletas y carracas que habían ascendido río arriba para cargar o descargar mercancías. Pero con el paso de los años, muchos años, setecientos años, ya no quedaba en el corazón de la ciudad ningún rastro del puerto. El río se había convertido en un pozo de aguas negras, un fluido tóxico alimentado por residuos industriales. Y la ciudad prolongaba su espinazo desde aquella ciénaga interior hasta el océano. Alguien descubrió, en el vientre de los montes circundantes, el mineral de hierro, y la fiebre extractora hizo crecer la ciudad, prolongar su silueta a lo largo de ambas orillas. Con sarcasmo, con crueldad acaso calculada, el curso de la ciudad en busca de la costa fue dibujando un paisaje distinto en cada flanco. La margen izquierda era pobre y sus habitantes vivían del trabajo. La margen derecha era rica y sus habitantes no explicaban

*cómo era eso. Décadas de euforia minera y siderúrgica hicieron más profunda aquella barrera acuática. Vivir en una u otra ribera acarrea la atribución de un privilegio o el padecimiento de un estigma. Vivir en una u otra ribera se convirtió en un modo sencillo y sentencioso de prefigurar todo, de definir mediante un solo signo la suerte de miles de biografías. Ni siquiera el democrático urbanismo de los últimos años había atenuado aquel desequilibrio, porque la población seguía realizando día a día un plebiscito ominoso: cuando hacían fortuna, los habitantes de la margen izquierda se mudaban a la margen derecha, y aquellos de la margen derecha que caían en desgracia, o que no prosperaban lo suficiente, o que sencillamente no compartían el destino de los más afortunados, se aferraban a su orilla con fanático fervor, emigrando hacia el interior del territorio, pero siempre manteniendo la certeza de que vivían en el flanco adecuado. El dinero distribuía a la gente en una u otra ribera, la repartía con la eficacia de esa mano invisible que gobierna los mercados. Los nacimientos no eran producto de un arraigo local: eran la asignación de una renta, la prefiguración censal de un patrimonio. Y, a pesar de que el río no era demasiado ancho, ya se había levantado entre sus márgenes una distancia innarrable, mucho mayor de la que podría imaginar un extranjero que contemplara a distancia ambas orillas. Era una distancia gigantesca, como la que suele existir entre lenguas distintas, entre distintas religiones, entre personas de edades diferentes. Era la distancia insalvable que existe a veces entre un hombre y una mujer.*

2

ABANDONAR LA INFANCIA  
ES UN ADIÓS QUE DURA SIEMPRE



**M**UCHOS HOMBRES SUEÑAN CON ENREDARSE en los hilos de una mujer, pero casi todos acaban enredados en eso que se llama matrimonio. En vez de empozarse en los abismos de una pasión, acaban en el pozo abismal de la costumbre. Y la conclusión de todo esto resulta paradójica: es cierto que una pasión puede conducir a la tragedia, pero también es cierto que las tragedias más terribles de la vida son aquellas en las que nunca hubo pasión. Presiento incluso que las verdaderas tragedias, en realidad, no lo parecen. Las grandes tragedias son discretas, silenciosas, tremendas de tan bien educadas. Ni siquiera descubren su naturaleza. Ni siquiera revelan que lo son. A veces ni siquiera sabe reconocerlas quien las sufre. Las grandes tragedias de la vida no son grandilocuentes. Se cobran un precio insignificante, pero que en su levedad es diario y doloroso y persistente; y de tan diario y doloroso y persistente como es, el precio nunca se acaba de pagar. Por eso, sin querer, pasan los años, y al final uno se va a la tumba con la certeza

de que mantiene la deuda aún impagada, y que no ha saldado cuentas con la vida, y que no las podrá saldar jamás.

Yo no estaba seguro de reunir las condiciones necesarias para que una mujer se apasionara por mí, pero era otra la ambición que me guiaba: la posibilidad de que yo pudiera apasionarme por alguna. Quería encontrar una mujer tan fascinante que absorbiera mis energías; una mujer que pudiera hacerme radicalmente feliz o radicalmente desdichado; una mujer con la que fuera imposible aburrirse o bostezar, imposible diluirse en el minutaje narcótico y cobarde de cientos y más cientos de días indiferentes; una mujer que me acorralara en una relación embriagadora donde las discusiones y las trifulcas fueran parejas a las reconciliaciones, los reencuentros y las tórridas sesiones de sexo y de dolor. Buscaba una relación plagada de retornos turbulentos, porque a menudo el único signo visible del amor es la insistencia. Al principio todo esto era solo un sueño de juventud, uno de esos divertimentos con los que un muchacho indeciso compensaba su diario aburrimiento. Ni siquiera imaginaba que algún día podría convertirse en realidad. Al fin y al cabo, la mayoría de los sueños que albergamos no se acompañan de la esperanza, la esperanza de que lleguen un día a hacerse realidad. Digamos que atesorar sueños imposibles forma parte de una estética íntima y secreta, que en público



procuramos ocultar pero que cargamos con ciega convicción hasta la muerte, conscientes de que al menos habrá dado a nuestra vida cierta dignidad decorativa. Y, en efecto, yo no esperaba que en la vulgar porción de realidad que me correspondía apareciera una mujer realmente turbadora. No pensaba que eso pudiera ocurrir jamás. En mi caso, la realidad y el sueño pertenecían a distintos continentes, no compartían frontera, se encontraban separados por océanos extensos y profundos. Pero la realidad padeció una invasión del sueño aquel día en que mi amigo Simón, Simón López de Chávarri, me habló por primera vez de Sharon.

—¿Sharon? ¿Sharon? —repetí, con insolencia—. ¿Qué chica puede tener un nombre tan ridículo?

—Lo has adivinado —contestó Simón—: se trata de una guarra.

Y yo me reí, como siempre me reía cuando Simón decía algo.

La nuestra era una amistad morganática, construida sobre años de subordinación y jerarquía. Simón hablaba y yo me reía, pero no me reía llevado por el ingenio de sus comentarios: digamos que me reía de forma mecánica, como en una relación de causa-efecto. La vida se resuelve en un muestrario de interpretaciones teatrales, y yo me preguntaba por qué en la mía el papel de camarada de Simón López de Chávarri había acabado siendo el principal. Simón llevaba siempre el pelo

engominado, aireaba el aparatoso metraje de un apellido compuesto y esperaba heredar algún día la fortuna de sus padres. A esos efectos su paciencia era admirable, quizás porque ya disfrutaba, a modo de anticipo, numerosos beneficios de la hacienda. Por otra parte, Simón no era presuntuoso. O al menos sólo lo era por descuido. Bueno, realmente Simón López de Chávarri era presuntuoso, muy presuntuoso, el ser más presuntuoso de la tierra, pero era presuntuoso como suelen serlo los ricos: sin premeditación alguna, con una especie de distraída negligencia. Los ricos son presuntuosos con tal naturalidad que nadie puede reprochárselo en serio y por eso mismo ellos nunca llegan a comprender hasta qué punto lo son. Nadie a su alrededor tiene el coraje de decírselo jamás, pero ese silencio no nace del respeto ni del miedo, sino de un intuitivo ahorro de energías, un instinto que nos lleva a abstenernos de los actos profundamente inútiles. Por eso Simón jamás podría imaginar lo que suponía para mí caminar a su lado y que de repente dirigiera un índice hacia el centro comercial más próximo, hiciera en el aire un pequeño remolino y acabara susurrando, con acento neutro, con intención meramente informativa:

—¿Ves esas lonjas de ahí? ¿Ves esos aparcamientos? Pues todos son de mi padre.

Desde mi punto de vista, a Simón le asistía una circunstancia favorable: era mi amigo. Ello ate-

nuaba una circunstancia no menos decisiva: era un imbécil. Y yo quería a Simón con la misma franqueza con que lo despreciaba, y lo admiraba con la misma convicción con que lo envidiaba, y todas esas cosas, amalgamadas en la sentina de mi conciencia, se resolvían en un sentimiento difícil de expresar, pero que podría reconocer cualquiera que haya tenido un amigo rico y extravagante, egoísta y vivaz, un amigo tan entrañable como odioso, un amigo ante el que uno se siente comprensivo y al que, sin motivo justificado, se le perdonan todas las deslealtades. Algunas infracciones de tráfico y ciertos delitos de poca monta nos habían unido en una camaradería de jóvenes excitados, celosos de su libertad y decididos a no asumir en mucho tiempo la condición de adultos. Simón había estudiado en una universidad privada, practicaba deportes exclusivos y participaba, con desidia, en algunos negocios familiares. No obstante, su forma de trabajar ya había alcanzado el estilo de los altos dirigentes: dedicaba muchas horas a hacer deporte y a prolongadas conversaciones de sobremesa, y muy pocas a bregar en salas de reuniones o en despachos. Contaba con numerosas tarjetas de visita, correspondientes a otras tantas empresas, en las que el título de *director* venía atenuado por la condición de *adjunto*. El verdadero director solía ser su padre, Fabián López de Chávarri, reconocido patriarca empresarial, o alguno de sus hermanos mayores, o uno de

esos legendarios empleados de confianza que han consagrado su vida, más que a una empresa particular, a la general prosperidad de una familia a la que llevan décadas sirviendo con ciega lealtad. Nada de todo eso, sin embargo, describía a Simón mejor que una afición irrefrenable, una afición que confesaba sin pudor ante nosotros, sus compinches en toda clase de nocturnos alborotos: Simón adoraba a las guarras. Él las llamaba siempre así. Hablaba de guarras. Las guarras. Aquella calificación no funcionaba como insulto: parecía una categoría antropológica, una raza, una especie animal. Era el modo de decirlo. Era el término preciso, cruel, viciosamente exacto. Pero esa inclinación, como le gustaba puntualizar, nada tenía que ver con el sexo prostibulario. En el particular vocabulario de Simón, las guarras no eran putas. Aludía a chicas de escasas luces, algo toscas, que provenían de barrios proletarios y a las que encandilaba sin demasiado esfuerzo gracias a su deportivo inglés, a sus ínfulas aristocráticas y a una sustanciosa renta mensual. Disfrutaba de ellas durante unas cuantas semanas y después las dejaba del mismo modo en que las había conquistado: sin demasiado esfuerzo, o sin ningún esfuerzo, con esa negligencia con que otras personas extravían un bolígrafo u olvidan hacer una llamada; quizás con la desidia con que cualquier griposo se desprende de un kleenex ya usado. Simón llamaba guarras a sus chicas favoritas, las

llamaba así en nuestras conversaciones, pero muy posiblemente, en los momentos de éxtasis sexual, también las llamaba guarras cara a cara; o cara a nuca: los belfos rijosos de Simón López de Chávarri, susurrando adjetivos denigrantes sobre la nuca de su última conquista. Lo cierto es que nunca le conocimos una relación que le obligara a asumir algún compromiso: solo aquellas aventuras fugaces; relaciones biológicas, orgánicas, con chicas que siempre lucían pantalones ajustados y melenas ondulantes, en fin, ese tipo de chicas que él siempre llevaba a su apartamento de soltero, pero nunca a casa de sus padres. Y nosotros, los viejos camaradas, le criticábamos por eso, le criticábamos con una ironía feroz y despiadada de señoritos de buen gusto, acorralados en ciertas abstinencias; lo cual, más que señalar nuestro porte distinguido, apenas disimulaba un secreto: que le teníamos una envidia atroz.

—¿Y por qué crees que Sharon me puede interesar? —pregunté a Simón, aquella primera vez en que pronunció su nombre en mi presencia.

Y él, que ya conocía mis íntimos fantasmas, no dudó en la respuesta:

—Amiguito, porque ella no es como esas chicas que tú conoces, porque Sharon podría destruirte.

Ya no me encorajinaba que Simón me llamara *amiguito*. Había asumido hacía tiempo aquella servidumbre. Pero el resto de la frase me estre-

meció. Yo pensaba en las películas. Me preguntaba si alguna vez podría pasarme algo parecido a lo que ocurre en las películas. Me preguntaba si la vida podría llegar más lejos que mi propia imaginación. Yo siempre había tenido poca imaginación, de modo que aún confiaba en las posibilidades de la vida. Digamos que era un optimista.

Algunos días después, y sin que entre tanto volviéramos a hablar de ella, ni siquiera a mencionarla, Simón me presentó a Sharon. Y lo hizo en una de aquellas fiestas que organizaba regularmente su familia, en concreto, la que se celebraba cada año en el club náutico con motivo del cumpleaños (o la *onomástica*, como decían, con ínfulas erróneas) de la más pequeña de sus hermanas. La familia López de Chávarri se había acostumbrado a que nosotros, los amigos de Simón, ejerciéramos de figurantes en sus periódicos festejos, donde la entrega de regalos y los discursos a los postres exigían, para que el acto cobrara brillantez, la réplica coral de un público entregado. Nuestro aplauso era el refuerzo escenográfico a las emociones que embargaban a la familia de mi amigo en días señalados: por ejemplo, cuando alguno de los vástagos del inmemorial apellido llegaba a la mayoría de edad o cuando se celebraba la obtención por alguno de ellos de una tardía, y a veces fraudulenta, titulación universitaria. Eran unas fiestas estúpidas, feudales, en las que los amigos de Simón nos compor-

tábamos como una agrupación de cortesanos, obligados a preguntar una y otra vez por la salud de la abuela Chávarri o por la marcha de ciertas obras de ampliación que don Fabián había emprendido en su embarcadero privado. El vino gran reserva corría con la misma ligereza con que en otros sitios corre el vino joven, y unos excelentes pescados a la brasa hacían soportable la exasperante duración de toda la ceremonia. Luego llegaba la medianoche y, cuando por fin los mayores desertaban de la fiesta, sabíamos que había licencia para que nosotros, los jóvenes, bebiéramos más de la cuenta o para organizar asaltos sexuales, generalmente fallidos, a algún grupo de señoritas de apellido compuesto.

Pero aquella noche, como emergiendo de la abigarrada multitud, Simón se acercó hasta mí acompañado de una joven. Al principio pensé que se trataba de alguna de sus primas o de las amigas de su hermana, una espectral federación de chicas de rodillas nudosas, cadera imperceptible y voz de colibrí. Pero cuando se acercaron lo suficiente comprendí que aquello era imposible: a pesar de que ostentaba cierta elegancia innata (es decir, a pesar de que no parecía una de las famosas guarras de Simón) la chica lucía una mekena negra, de pelo duro y ensortijado, y sus ojos brillaban con fiereza, con ambición desesperada. Ese fulgor jamás aparecía en los ojos de las chicas que frecuentaban aquellos salones, unas mucha-

chas lánguidas, que crecían al amparo del obsceno patrimonio de sus padres y se resguardaban tras un porte de impávida asexualidad. No, la chica que ahora acompañaba a Simón no podía ser una de ellas.

—¿Jorge? Permíteme que te presente a Sharon.

Un fugaz reflejo en el rostro de ella me reveló que aventurar, a modo de saludo, un beso en la mejilla habría sido impertinente. No supe interpretar entonces el futuro que auguraba aquel gesto de hostilidad. Simón, por su parte, ya estaba completamente borracho, y quizás eso hiciera perdonable lo que iba a ocurrir después.

—¿Sabes, Sharon? —dijo Simón, mientras le enviaba una mirada narcótica y acuosa— Jorge es uno de esos tipos que opinan que tu nombre es ridículo.

No supe adónde mirar, mientras se me contraía el corazón violentamente, como los pétalos de una flor al contacto del fuego.

—Bueno, al menos eso fue lo que me dijo cuando le hablé de ti. Jorge piensa que el tuyo es uno de esos nombres ortopédicos y absurdos que en este país ponen a las jóvenes obreras sus padres insensatos.

Con sus ojos húmedos, cargados, Simón me miró trazando una sonrisa presuntuosa. Ese gesto de ebriedad solía ser el prelude de una conversación envenenada.



—Pero Sharon no es de esas, amiguito. Estás equivocado. La madre de Sharon es inglesa, ¡inglesa! Eso sí que legitima un nombre anglosajón, ¿no te parece?

Mientras Simón prolongaba su perorata, Sharon no dejaba de mirarme.

—En cuanto a Jorge —dijo después, dirigiéndose a ella— no lo tomes muy en serio. Jorge no tiene dinero. Pero ha oído hablar de él. Sobre todo a mí. No hay nada más duro que ser pobre pero percibir que el dinero ronda cerca de tus bolsillos, ¿verdad, Jorge? No hay nada más duro que sentirse llamado a la riqueza pero no responder debidamente a la llamada. Jorge considera que el mundo es injusto, pero me temo que lo piensa solo porque ha sido injusto con él. Además, se divierte en observarnos. Quizás proyecta escribir algo sobre esto, decirnos a través de los papeles lo que no se atrevería a decirnos a la cara, ¿no es así, Jorge? —Simón dio un trago y luego continuó—: Escribir algo que los justifique, eso es lo que esperan de sí mismos todos los resentidos.

—Simón, estás borracho —dije, pero él no me escuchaba, no me había escuchado nunca.

—Al margen de esas insignificancias, te he dicho que quiero a este tipo, ¿verdad, Sharon?

—Por favor, Simón, deja esa copa —insistí.

Simón torció la boca. Quizás se proponía decir algo ingenioso pero de pronto las palabras deja-

ron de fluir, como si, atascadas en algún punto de su garganta, estuvieran formando una presa interior. Entonces comenzó a oscilar pesadamente; parecía un objeto flotante a merced de las mareas. Luego se sostuvo un instante en suspenso, cerró los ojos y por fin se desplomó. El pesado cuerpo de Simón impactando contra la moqueta de los salones del club náutico desencadenaba cierta desazón, cierta incomodidad escenográfica. No pasaba todos los días, pero tampoco era la primera vez. Con resignación, hice acopio de fuerzas y me incliné para alzarlo sobre mis brazos.

—Tendré que llamar a un taxi —dije, resoplando, mientras Simón cabeceaba sobre mí, adormecido, ausente.

—¿Vas a llevarlo a su casa? —preguntó entonces Sharon, con incredulidad.

—¿Y por qué no? Entre tantas tonterías, al menos sí ha dicho una cosa verdadera: que soy su amigo.

—Espera, te acompaño.

Varios empleados del club náutico me ayudaron a llevarlo hasta el vestíbulo. Allí Sharon y yo esperamos un taxi. Luego estuvimos a Simón en el asiento delantero y ajustamos alrededor de su cuerpo el cinturón de seguridad. El taxista, sin mirar el fardo que yacía aletargado a su lado, conducía con imperturbable profesionalidad, lo cual proporcionaba a la escena cierta lógica. Detrás íbamos la chica y yo. Durante el viaje inicia-

mos una conversación apagada, constantemente alterada por los ronquidos de Simón.

—De modo que tu madre es inglesa.

—No, no es verdad —contestó Sharon— pero si eres amigo de Simón deberías saber que casi nada de lo que dice es verdad. Mi padre es soldador y mi madre ama de casa. En palabras de Simón: una familia de obreros.

No encontré ningún comentario adecuado, pero ella me ayudó.

—Sharon... —meditó para sí misma—. Una asume su nombre con total naturalidad. En el barrio siempre decían que era muy bonito. Sólo después de conocer a Simón descubrí que los pijos se ríen de esas cosas.

—Hay muchas más razones para reírse de los pijos.

—Para reírse de vosotros —puntualizó.

—¿Nos odias?

—Odio a Simón. Se aprovechó de una amiga mía durante mucho tiempo. Es un comediante: logró que ella se enamorara perdidamente. Mi amiga lo pasó muy mal cuando Simón decidió dejarla. Le dijo que no encajaban. Esa fue su frase estúpida: que no encajaban. Como si la vida fuera un *puzzle*.

—Bueno, en cierto modo lo es.

—Un buen día Simón la dejó en la puerta de casa. Después le dio la espalda, subió a su desca-potable y se marchó.

—Nadie encaja con Simón —apostillé.

Miré por la ventana. Aunque mi amigo tenía un magnífico apartamento, yo sabía que cuando el alcohol le noqueaba era preferible llevarlo a casa de sus padres. Simón decía que ya había superado la terrible prueba de vivir sin servicio doméstico, pero cuando se emborrachaba era otra cosa: aseguraba que padecer sin servidumbre un día de resaca era el colmo del infortunio, de modo que en esas ocasiones prefería convalecer en la residencia de su infancia, mejor abastecida y, por supuesto, dotada de servicio. En esos casos yo sabía adónde debía llevarlo. El trayecto desde el club náutico hasta la residencia de los López de Chávarri era una hilera de chalés adornada por amplias zonas verdes. Como en una sátira social, como en un acto de absurdo ensañamiento, el gobierno había dotado a aquellos palacetes de avenidas públicas llenas de árboles y macizos floreados, esas avenidas que hubieran hecho falta en otra parte. Miré por la ventanilla del taxi: era verano, maduraban los árboles frutales, sin duda por ahí se hacían grandes planes para las vacaciones y los coches de alta cilindrada escondían su opulencia en amplios garajes, en lujosos cobertizos.

Llegamos a casa de los López de Chávarri, uno de esos pretenciosos chalés con balaustradas de granito y detalles palaciegos que delatan cómo, a pesar de todo, la riqueza siempre corre el riesgo

de enemistarse con el buen gusto. Yo me preguntaba de dónde habría salido el fundador de aquella saga, el bisabuelo Chávarri, sobre el que jamás se hablaba en la familia. Posiblemente tuvo las manos manchadas de carbón o de mineral de hierro. Posiblemente, siendo joven, se juró a sí mismo salir de la miseria y no hubo a partir de entonces un solo acto de su vida que no viniera guiado por ese juramento. Y posiblemente logró de esa manera legar a sus descendientes un enorme patrimonio del que él nunca disfrutó. Como suele ocurrir con esa clase de patriarcas, han dedicado tanto tiempo a acumular dinero, es tal el recuerdo que les acucia de la miseria originaria, que mueren sin haber aprendido a disfrutar de lo ganado, y su fortuna, absurdamente intacta, llega a manos de herederos que ahora podrán dedicarla con total impunidad a sus caprichos.

Arrastré a Simón hasta la entrada del chalé. Toqué el timbre varias veces y por fin abrió la puerta una criada latinoamericana que, envuelta en una bata, luchaba por sacudirse el sopor del sueño.

—¿Otra vez, señorito Jorge? —dijo.

—Otra vez, Belinda —contesté.

Ayudado por la doncella, llevé a Simón hasta su cuarto de soltero y lo dejé caer sobre la cama. Ella se quedó quitándole los zapatos, aflojando el nudo de su corbata, en un ritual que llegó a conmoverme: Belinda llevaba muchos años sirvien-

do en aquella casa y quizás quería a los hijos de los Chávarri como si fueran sus hijos, los hijos que nunca tuvo ni tendría jamás. Me despedí de ella, salí del palacete y subí de nuevo al taxi. Sharon esperaba y pensé que no había razón, a aquellas alturas de la noche, para no acompañarla también hasta su casa. Pensé que aún podía proponerle una última copa o quedar para otro día. Hay cosas que nos cuesta mucho hacer, cosas que nos parecen imposibles hasta que, de improviso, una situación insólita nos pone en el disparadero de pedir las cosas con naturalidad. Es como si estuviéramos durante años delante de una puerta infranqueable y de pronto una corriente de aire la entornara levemente y sólo hiciera falta empujar. Se trata de un efecto mágico que suelen producir la noche o el alcohol. Y la combinación de ambos elementos aumenta su eficacia. A veces me pregunto adónde nos llevaría la racionalidad diurna si la noche o la bebida no ofrecieran un periódico desahogo, si no sirvieran para, de vez en cuando, poner a cero el contador de nuestra vida.

Mientras nos dirigíamos hacia la margen izquierda, hacia aquella remota barriada de la que provenía Sharon, até algunos cabos de la anterior conversación.

—Así que Simón se portó mal con tu amiga —recordé.

—Como un hijo de puta.

—Entonces, ¿por qué estás a su lado?

Me gustó la rapidez con que supo defenderse.

—¿Y tú? Eres un resentido, no tienes dinero, te crees mejor que los demás... Lo dice tu gran amigo. Dime, Jorge, ¿por qué estás a su lado?

Sería complicado contestar a eso. En realidad sería complicado contestar a muchas cosas si alguien se molestara en observar mi vida a través de una lente de aumento. Sólo me consolaba saber que, si se aplicara esa lente a las vidas de los demás, también les pondría en un aprieto. Pero ya se había hecho muy tarde, y Sharon y yo compartíamos un taxi. Es asombrosa la intimidad que proporcionan los taxis por la noche: son como confesionarios o como salas de interrogatorio, son cámaras dispuestas a la confidencia, a la revelación de los secretos. De algún modo, decidí despojarme de mis defensas. Hacerlo era una imprudencia, porque aún no sabía nada de Sharon, pero a veces emprender el relato autobiográfico, convenientemente aderezado por pinceladas dramáticas y detalles de cierto patetismo, es una tentación difícil de resistir, un pecado estético y moral. Le dije a Sharon que los crueles comentarios de Simón eran ciertos: que yo no tenía dinero, pero que aspiraba a tenerlo, y que me había propuesto esperar, agazapado, la oportunidad de conseguirlo. Le dije que no tenía dinero, pero que mi familia sí lo había tenido, que mi abuelo fue muy rico, que mi padre lo fue bastante menos y que quizás me tocaba purgar ahora una culpa colectiva, una

responsabilidad genética y atroz. Más tarde o más temprano, le dije, las familias decadentes alumbran seres atormentados, seres que odian a los ricos hasta el punto de sentir nostalgia de ellos. Pero eso no lo explicaba todo acerca de mi relación con Simón López de Chávarri. Había también otras cosas. Realmente le debía algunos favores: por ejemplo, si ahora tenía un buen trabajo era gracias a él. Y además, a pesar de sus pantomimas y arrogancias, Simón era un sentimental. En el fondo me quería, me quería con esa pasión apremiante y egoísta con que quieren los niños muy pequeños o los adolescentes malcriados. Expliqué a Sharon que hacía algunos años uno de sus hermanos había muerto en accidente de automóvil. Mi amigo se derrumbó y durante mucho tiempo fue incapaz de recomponer las piezas de su vida y ponerse de nuevo en pie. Durante aquel periodo yo le hice compañía, le ayudé a reunir las fuerzas necesarias. No fue una tarea heroica, pero sí larga y paciente. Tuve que empujarlo para que lograra ascender por una rampa larga y dolorosa hasta alcanzar a ver la luz. Consecuencia de ello me convertí en alguien importante para un auténtico chiflado, un individuo caprichoso, frágil e inestable como Simón López de Chávarri, y supe entonces que parte del precio (el precio que yo debía pagar, aún no sabía ni cómo ni por qué) era aguantarlo durante el resto de mi vida a cambio de favores



imprecisos y de un mal entendido sentimiento de fraternidad.

—Quieres decir que él te debe algo —dedujo Sharon—. Estuviste a su lado tras la muerte de su hermano y eso creó un vínculo indestructible entre los dos.

—No creo que él lo sienta de ese modo —respondí—. Digamos que incluso la gente soberbia tiene momentos sentimentales, momentos de debilidad. Simón no estaba acostumbrado al menor contratiempo. Por eso, al morir su hermano se deprimió. Y decidí ayudarlo. Supongo que es a eso a lo que se llama amistad, a eso o a algo parecido.

Me sobrepuse a aquella larga confesión. Yo había entregado a Sharon una leal fotografía de parte de mi vida, pero seguía sin saber qué demonios hacía ella aquella noche, en el club náutico, acompañando a Simón.

Llegamos a la dirección que Sharon había dado al taxista, después de zigzaguear por un extrarradio de calles estrechas y bloques de viviendas planeados con monotonía inmoral. El taxista tuvo la fortuna de conseguir información las dos o tres veces en que preguntó por aquella calle desconocida, una de esas calles que se esconden en los extremos de los barrios olvidados, una de esas calles completamente marginales cuyo nombre ni siquiera reconocen los taxistas. Pregunté a Sharon si volveríamos a vernos, pero eso no la

detuvo en su movimiento de fuga. Ella aún no había abierto la puerta del coche cuando amagué una caricia sobre su hombro. Entonces se revolvió.

—No vuelvas nunca a hacer eso, ¿has entendido? No vuelvas a hacerlo nunca más.

Me lanzó una mirada colérica, aunque en ella no anidaba ningún pudor. Me estremecí.

—Gracias por acompañarme —dijo después, como si se arrepintiera por haberse mostrado colérica—. Y sí, puedes llamarme otra vez.

Sólo cuando Sharon entró al portal de su casa el universo se recompuso en una escena de tranquilizadora vulgaridad. El taxista era una impasible nuca de pelo encanecido que esperaba prolongar la carrera hacia un tercer destino: el de mi casa. Pero yo no era un potentado. Llevaba más de media hora haciendo uso del taxi. Había momentos en que las diferencias entre la vida de Simón López de Chávarri y la mía cobraban una abrumadora dimensión: había cruzado de punta a punta la ciudad, había llevado a un borracho a su casa y después había acompañado a una chica hasta la suya. ¿Qué aguardaba después de tanta gentileza? La factura. En el taxi, me preguntaba cuánto iba a costarme una carrera tan larga.